

LUIS JAVIER HERNÁNDEZ CARMONA
LABORATORIO DE INVESTIGACIONES SEMIÓTICAS Y LITERARIAS (LISYL)
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES. TRUJILLO.
LA COTIDIANIZACIÓN DE LO ANORMAL Y LA ANULACIÓN DE LAS
FRONTERAS DISCURSIVAS.¹
luis@ula.ve

RESUMEN

A partir de la ontosemiótica nos atrevemos a indagar en la cotidianización de lo anormal como la creación de campos de significación y lógicas de sentido que intercambian procesos enunciativos dentro del discurso cultural. Donde lugares y no-lugares intercambian posicionalidades a través de una planimetría simbólica que permite el intercambio de roles lexicales, idiolectales, subjetivos e ideológicos. En tal sentido, lo anormal produce una distensión isotópica que va a representar la armonía textual a través de la contraposición de los planos narrativos del yo de la enunciación, tal es el caso de los discursos estéticos que utilizan la paridad oposicional normal/anormal como fundamento creacional y ruptura de la normatividad enunciativa. Al tiempo que lo anormal ha dejado de convertirse en una imprevisibilidad para constituirse en espectacularidad de la periferia que trastoca los centros, así lo vemos en los cuerpos de la alteridad que cohabitan en la cotidianidad.

Palabras Clave: anormal, cotidianidad, enunciación, fronteras, ontosemiótica.

ABSTRACT

From the ontosemiotic we dare to investigate the cotidianización of the abnormal as creating fields of meaning and logical sense that exchange declarative processes within the cultural discourse. Where places and non-places positionalities exchanged through a symbolic mapping which allows the exchange of roles lexical, idiolect, subjective and ideological. In this regard, the abnormal distension produces an isotopic will represent the textual harmony through the juxtaposition of narrative levels of self-enunciation, as in the case of aesthetic discourses that normal / abnormal oppositional parity as a basis creational and rupture of the declarative regulations. While abnormal left to become a spectacular unpredictability to become the periphery that disrupts the centers, so we see the bodies of otherness coexist in daily life.

Keywords: abnormal, every day, enunciation, borders, ontosemiotic.

¹Este trabajo es producto del proyecto de investigación NURR-H-580-16-06-B, financiado por la Universidad de Los Andes, Venezuela. Luis Hernández Carmona es Doctor en Ciencias Humanas, profesor de la Universidad de los Andés, Venezuela.

LA COTIDIALIDAD Y LOS ESPACIOS DE LA ENUNCIACIÓN

Bajo la paridad oposicional normal/anormal; incluido/excluido, intento discernir sobre la cotidianidad como proceso de construcción del sujeto dentro de espacios, tiempos y circunstancialidades enunciativas; dinámicas que generan constantes interdicciones que conectan a los seres con la realidad inmediata; porque la cotidianidad es el ejercicio del sujeto dentro de sus espacios más inmediatos y significativos. Desde donde, la cotidianidad involucra la relación inter e intrasubjetiva que conecta a través del orden simbólico sostenido fundamentalmente por el lenguaje y sus diversos desdoblamientos. Ver la cotidianidad como la donación sensible que además de construir una realidad, constituye la esfera inmediata de los enunciantes, esto es, desde la arqueología sensible del sujeto y la filosofía del lenguaje, cuando tradicionalmente ha sido considerada una inautenticidad diluida entre el sujeto o la interpretación pública dominante.

En este sentido, la cotidianidad es una forma de vivir, un existencial convertido en sistema simbólico que es el modo enunciativo primordial para analizar al sujeto y sus desdoblamientos a través de los discursos de la cotidianidad como parte de la percepción y comprensión, aunados a lo afectivo- subjetivo. Desde la perspectiva ontosemiótica, la cotidianidad es la forma primera de estar en el mundo, la noción del ser que precede y dirige la llamada percepción natural, y donde la percepción cotidiana rige y regula los modos particulares de presentar el sujeto y sus circunstancialidades enunciativas. Circunstancialidades enunciativas que conjuntan al sujeto y sus objetos en medio del

quehacer de la cotidianidad, que según De Certau va desde lo panóptico (el barrio), pasando por los espacios domésticos hasta llegar a “la cultura común y cotidiana en tanto que ésta es apropiación (o reapropiación)” (Certau,1999, 2000)

Es de hacer notar que las ciencias positivas han ubicado el conocimiento empírico (pensar natural) dentro de la cotidianidad; reconociendo de esta manera la importancia del campo experiencial en la formulación de los juicios científicos, en la construcción de las nociones de verdad que se intentan desde lo real-objetivo. Además que los principios de ciudadanía íntima también reposan en la cotidianidad, ya que obviamente estoy refiriendo la ciudadanía como el proceso de autorreconocimiento del sujeto en sí mismo y en sus espacios inmediatos. Tal es el caso de lo local y regional a manera de puntos de partida en la búsqueda de las connotaciones dentro de lo nacional y universal; puesto que, la cotidianidad es la vida de nosotros mismos como seres humanos, la naturalización de lo ordinario y lo extraordinario, las transgresiones usuales; y la anormalidad una forma de habitar los espacios enunciativos.

Por ello la cotidianidad se convierte en imprescindible campo simbólico cuando la vemos desde la ontosemiótica junto a una filosofía del lenguaje, desde donde destaca el sujeto y la vida; el hombre y su acción humana como forma de reconocimiento de mundo que le rodea. Y hacia esos cometidos apunta la fenomenología de Husserl; específicamente su concepto de *mundo de la vida* desarrollada posteriormente por Alfred Schutz como vivencias significativas de la vida diaria; huelga decir la importancia que otorga Michel Foucault a este tema a través de la relación: normalización, dominación, poder y vida cotidiana; mientras que Michel De Certau destaca la *invención de lo cotidiano* como oficio de la historia dentro de las prácticas cotidianas. Todas ellas reverenciando la cotidianidad

como el principio fundamental en la construcción de sentido y significaciones dentro de lo individual, lo social, científico y religioso.

De esta manera, la cotidianidad se transforma en importante campo enunciativo que involucra la experiencia fáctica de la vida como punto de partida; tal y como lo planteó Heidegger. Esto es, los espacios íntimos del sujeto son los campos enunciativos originarios de toda acción cotidiana, de todo espacio referencial dentro de las relaciones de significación o semiosis; retomado a Heidegger, la cotidianidad está relacionada a la temporalidad, a una forma de ‘habitar’ el mundo: “La cotidianidad caracteriza la temporalidad del existir (conceptuación previa). Inherente a la cotidianidad es una cierta normalidad del existir, el uno en que se mantienen encubiertas la propiedad y la posible verdad del existir” (Heidegger, 1999, p. 109). Bajo estas reflexiones de Heidegger, la cotidianidad no será un artilugio, sino más bien, un adosamiento a la vida misma del sujeto enunciante, rasgo fundamental dentro de la configuración del ser como ser humano, y obviamente, de la definición de las acciones humanas desde el punto de vista ontológico.

En tal caso, la cotidianidad encierra la normalidad del existir asimilando como suyas las categorías de lo ordinario o lo extraordinario que van desde lo común hasta las suprarealidades que crean las enunciaciones míticas o las literarias; dos formas de construir lo extraordinario a partir del sujeto y su cotidianidad. Obviamente reconociendo la poesía y la oración mística como las formas de trascendencia del sujeto desde la cotidianidad y hacia lugares que cohabitan con ella, o más bien, la habitan desde una semiosis ilimitada que crea espacios de la significación desde una representatividad fuera de lo común, una representatividad extraordinaria que se hace ordinaria por el proceso de subjetivación a que es sometido por parte del sujeto trascendido frente al fenómeno trascendente. Expresiones

ficcionales que crean una forma de alteridad relativa a la realidad y generan un código de expresión que va a imponer su identidad a la del sujeto oferente.

Pero si indagamos desde nuestra posición ontosemiótica, veremos que esta trascendencia no solo viene dada por la poesía y la oración mística, sino también por manifestaciones inherentes a las necesidades subjetivas del enunciante, tal es el caso del amor como isotopía que genera una interrelación desde la red intersubjetiva; entre el sujeto y sus entornos. El amor como espacio de reconocimiento en el otro, en el cuerpo y el deseo bajo la estructura modal: enamorarse-desearse; al mismo tiempo que categoría ideológica o discurso del poder: el amor a la patria; el amor como institución de sostén social y elemento normatizador de la conducta de los sujetos:

Lo que me importa es mostrar que no hay, por un lado, discursos inertes (más que medio muertos ya) y después, por otro, un sujeto todopoderoso que los manipula, los cambia, los renueva; sino que los sujetos discurrentes forman parte del campo discursivo, tienen en él su lugar (y sus posibilidades de desplazamiento), su función (y sus posibilidades de mutación funcional). El discurso no es el lugar de irrupción de la subjetividad pura; es un espacio de posiciones y de funcionamientos diferenciados por los sujetos (Foucault, 1995, pp. 16-17).

Y desde esta perspectiva es posible parear las categorías entre lo individual y lo colectivo; los espacios de lo íntimo y lo público, pudiendo perfectamente referir, por ejemplo: memoria, tradición e historia; formas que entrelazan la cosmovisión tanto subjetiva como convenida socialmente. Por lo tanto la trascendencia pudiera no ser solamente mítica-mística; sino la trascendencia se puede experimentar desde la cotidianidad misma; tal es el caso de las expresiones del Romanticismo y la Vanguardia, cuyos procesos estilísticos se soportan en la conversión de la cotidianidad en expresiones estéticas. En todo caso, esta resignificación de lo percibido se puede determinar cómo reescritura entre los sujetos enunciantes que interactúan desde dos perspectivas; una hacia dentro y otra hacia

fuera; esto es, con él mismo y con el otro en correlación a un proceso de interpretación a través del texto artístico; ente de mediación no sólo lingüística-lexical, sino a nivel simbólico-metafórico; a manera y razón de recursos estilísticos para configurar los mundos posibles o imaginarios estéticos.

Dentro de esta posibilidad de interpretación cabe el enfoque de la cotidianidad desde la temporalidad, los espacios y la trascendencia; maneras de incorporar unidades de significación o isotopías al intrincado espacio de la semiosis de lo cotidiano que asume al sujeto como generador de relaciones de significación y representación que permiten el establecimiento de proyecciones hacia otros tiempos y espacios; *espacios y lugares* como los llama De Certau al reconocer la dinamicidad que se impele en medio de su interacción:

El espacio es al lugar lo que se vuelve la palabra al ser articulada, es decir cuando quedó atrapado en la ambigüedad de una realización, transformado en un término pertinente de múltiples convenciones, planteado como el acto de un presente (o de un tiempo), y modificado por las transformaciones debidas a contigüidades sucesivas. (De Certau, 2000, p.129).

De allí que la cotidianidad es el espacio de significación en constante cambio y renovación, al ser fiel reflejo del sujeto que intenta aprehender el mundo a través de sus interpretaciones, voliciones y las cambiantes formas de situarse dentro la dinámica representacional.

El tiempo como posibilidad representacional-argumentativa es quien demarca la posibilidad del sujeto de situarse dentro de una circunstancialidad enunciativa específica, bien sea desde lo íntimo o desde lo público (lo intra e intersubjetivo). De allí que surgen dos temporalidades: el tiempo interior tan celebrado por poetas y escritores, donde reside la existencia auténtica y el tiempo histórico como coadyuvante entre el sujeto y los otros; la construcción de lo colectivo, referencial, testimonial; lo normatizador y regulador de las

acciones humanas dentro de las sociedades. Siendo el tiempo histórico fundamental en la construcción de la estructura ontológica del ser al transfigurarse en principio identitario; al mismo momento de legitimante de la realidad del sujeto consigo mismo y con los otros, y que desde las referencias con la ciudadanía, se transforma en la posibilidad de establecer puentes o vínculos entre el pasado y el presente; articularse como mecanismo de posicionamiento dentro de la articulación de la enunciación convertida en centro generador de normas, pautas y conductas.

Pero por sobre todas las interpretaciones, la cotidianidad familiariza los contenidos a ser conocidos y representados, genera la familiaridad que permite el establecimiento de puentes afectivos-empáticos que hacen comunes los espacios de lo ordinario y lo extraordinario; lo previsible y lo imprevisible; lo normal y lo anormal, porque la cotidianidad integra lo nuevo e imprevisible a los demás conocido y convenido, produciendo una cotidianización de los referentes tanto en lo ético como en lo estético. Procedimiento por demás interesante que procura una admisión de lo extraordinario e imprevisible dentro de las accidentalidades de la cotidianidad, y que en nuestro caso específico tiene una puntual relevancia en la existencia cotidiana.

La existencia cotidiana crea una coherencia de lo cotidiano que permite al sujeto sentirse plenamente identificado, cómodo, protegido incluso de las imprevisibilidades que ingresan a los espacios de lo admitido y reconocido en la relación temporal entre pasado y presente; la temporalidad concomitante que permite el centramiento del sujeto dentro de la especificidad cotidiana, pudiendo crear el sistema referencial que gira en torno al mundo primordial asumido desde las certezas individuales y colectivas, tal es el caso de la infancia como mecanismo de ensueño, y la historia a razón de sostén colectivo. Es menester recalcar

sobre estas líneas, que la cotidianidad se transfigura a manera de certeza, certeza que contribuye a la construcción del sujeto como ente dialógico capaz de trasvasar las fronteras discursivas a partir de la potencialidad circunscrita en el lenguaje y su poder simbólico que permite la confluencia entre lo ordinario y lo extraordinario; no solo nombrando el mundo de las cosas, sino también el mundo del sujeto.

Es un compartir que ubica al sujeto desde sí mismo y los objetos que lo rodean; los objetos materiales y los de los afectos nacidos desde las particularidades existenciales. Siendo la cotidianidad quien establece el mundo de lo no-ajeno, liberando las exclusiones en la procura de la integración; en reflexión de Husserl:

“Así, pues, gracias a esta peculiar exclusión abstractiva de sentido respecto de lo ajeno, hemos conservado con nosotros una especie de <<mundo>>; una naturaleza reducida a lo mío propio, y, ordenado a ella merced al cuerpo vivo y físico, el yo psicofísico con cuerpo vivo, alma y yo personal.” (Husserl, 1985, pp. 158-159).

Y en esa singular apreciación del mundo circunda la cotidianidad como manifestación ontológica del sujeto dentro del encubrimiento y la revelación; las dinámicas del apropiamiento de las realidades a partir de la cotidianidad.

DEL DISCURSO ESTÉTICO A LA ESPECTACULARIDAD

Quisiera rescatar algunos elementos desarrollados anteriormente para centrar esta intención ontosemiótica sobre la cotidianización como proceso de construcción de sentido que tienen en el sujeto su más conspicuo referente. Y fundamentalmente, el efecto de normatización que hace la cotidianidad de lo ordinario y lo extraordinario; de lo anormal y lo normal; de los centros y las periferias. Todas ellas confluencias referenciales transfiguradas en campos enunciativos que migran entre fronteras de la significación,

generación de prácticas discursivas que en principio estuvieron ligadas al discurso estético, quien asumió la anormalidad como procedimiento estilístico para hacer nuevas propuestas. De ello, son evidentes y recurrentes los ejemplos dentro de la literatura que crea mundos posibles desde espacios periféricos para las realidades histórico-sociales. En tal caso, lo anormal, desde la semiótica, produce una distensión isotópica que va a representar la armonía textual a través de la contraposición de los planos narrativos del yo de la enunciación.

Desde la historiografía estética podemos apreciar que la vejez, locura, cuerpos deformes, cuerpos abyectos se normatizan desde a práctica discursiva estética. Don Quijote de la Mancha es amalgama de las anormalidades como principio de lo subjetivo trascendente en torno a los ideales trascendentes; las visiones de la anormalidad a través de los principios éticos de la bella y la bestia, cuerpos antagónicos que son homologados a través de un subjetivema como el amor que centra las posicionalidades enunciativas y crea la cotidianidad desde las aparentes diferencias que son conjuntadas en un cuerpo simbólico. De esta manera, la subjetividad se transfiere a manera de articulante simbólico para constituir la metáfora de la corporalidad sensible que manifiesta sus proyecciones en el discurso articulado y posicionado desde los confines del espíritu.

Estas particularidades indican que los espacios de la ficción son la creación de metacotidianidades que crean realidades paralelas para interpretar desde lo no-percibido por las colectividades y representadas por discursos alternativos. En su momento son subversiones que ayudan a romper esquemas y normas establecidas, pero que al tiempo se convierten en canon al asumir particularidades de escuela. Tal y como lo hemos referido anteriormente con el Romanticismo o las Vanguardias; ejes de la normatización de lo

absurdo y abyecto; la conversión de los espacios domésticos y de la cotidianidad en formulación estética. No obstante, en este aspecto hay que traer a colación las vinculaciones entre lo periférico y lo anormal, y que generalmente está asociado a las nociones de bien y mal, de belleza y deformidad que caracterizan la significación desde los cuerpos que condenan y los que trascienden, tal es el caso de la descripción de los seres angelicales y las referencias demoníacas.

Lo corporal tiene por naturalidad una connotación ética que dentro del discurso cultural latinoamericano tiene una figuración interesante, referido fundamentalmente a la cotidianidad ficcionada a través del cine, y específicamente, del cine mexicano con la figura de Cantinflas o el Chavo del ocho; personajes de la exclusión, por qué no de una anormalidad, al representar a seres de la periferia, de origen incierto, con ocupaciones indefinidas; pero que representan la creación de la cotidianidad que comienza con el establecimiento de un código lingüístico que rompe la norma gramatical, de formas de vestir que se institucionalizan como referentes enunciativos; formas alternas de crear espacios de la significación-representación.

Pero bien, a esta altura de la disertación, podemos estar pensando que la anormalidad se configura solo en el plano estético, por ello vamos a revisar la anormalidad en los tiempos actuales. La anormalidad día a día se hace espectáculo gracias a los medios de comunicación, redes sociales, Internet y otros recursos tecnológicos que hoy forman parte de la cotidianidad. Ciertamente el espectáculo de la anormalidad se puede ver como industria rentable, porque: “Ya no estamos en un mundo surrealista, estamos en un mundo hiperrealista, donde las cosas se iluminan ellas mismas, irónicamente, ellas solas” (Baudrillard. 1997, p. 23), donde se ha aprendido a convivir con lo anormal, o más bien, a

articular lo anormal como discurso de la manipulación y ejercicio de lo siniestro; ello utilizado desde la perspectiva de Sigmund Freud como aquello que trasgrede los límites al tiempo que atrae desde la abyección. Se intuye entonces que lo siniestro produzca atracción y repulsión a la vez, miedo y familiaridad, comodidad e incomodidad.

De esta manera convivimos con la anormalidad por medio de la reseña de sucesos a través de los diversos medios de comunicación y redes sociales que nombran lo abyecto para constituirlo en semiosis que atrae a partir del impacto y la novedad de los cuerpos adoquinados en escenas grotescas, cuerpos mutilados en evidencia de la fatalidad e imprevisibilidad cuando los bordes de la periferia tocan de cerca a los individuos y las acciones humanas. Entonces la regularidad de esa circunstancia enunciativa se hace cotidiana, llegando a familiarizar con un público espectador que la regulariza a través de la aceptación y consumo de esa anormalidad; se recrea en ella como espectáculo, legitimándola dentro de las relaciones simbólicas-discursivas de la sociedad.

Asimismo el proceso de cotidianización crea una codificación de la anormalidad haciéndola espacio de la representación, semiosis que va creando una colateralidad simbólica soportada por la extrañeza que atrae y seduce; la infracción que desarticula mundos contruidos desde cánones preferentemente estructurados desde la perfección y la belleza; el bien y la justicia; devenida esa desarticulación desde la incorporación de la figura del monstruo que es la excepción por definición; la excepción que conmina a la aparición de la diferencia a través de la desarticulación de la realidad, a decir de Michel Foucault: “Es monstruo el ser en quien leemos la mezcla de dos reinos, porque, por una parte, cuando podemos leer, en un único y mismo individuo, la presencia del animal y la de la especie humana, y buscamos la causa” (Foucault, 2000,p. 69).

Además de ser la malgama entre el hombre y el animal, el monstruo tiene la rara fascinación que hace de su cuerpo y acción un ente superior que supera las simples condiciones humanas e ingresa a los escenarios de lo extraordinario.

Pero detallemos un procedimiento interesante dentro de las escenas monstruosas que presentan los medios cuando reseñan los crímenes atroces, donde existe un proceso de conversión entre el cuerpo humano convertido en monstruo a partir de la intervención violenta que agrede y mutila cuerpos. Al mismo tiempo que alude a un anormal –que deja de ser persona- y es quien comete el crimen actuando fuera de toda racionalidad lógica, representando una imprevisibilidad que se hace cierta al convertirse en noticia y ser reseñada a partir del discurso sensacionalista. Al mismo tiempo que obtiene su legitimación al convertirse en espectáculo que linda entre la realidad y la ficción, conformando un teatro del absurdo que normaliza la relación entre normales y anormales.

En otro aspecto de la cotidianización de lo anormal, y siguiendo los postulados de Foucault sobre el transgresor de la ley; pienso que la llamada narconovela o el narcocorrido son formas de hacer convivir la anormalidad dentro de la cotidianidad de los individuos en medio de la anulación de las fronteras discursivas, y a partir de la subjetivación de la figura de quien trasgrede la ley. En esos espacios de representación se crean potencialidades subjetivas como el amor, el sufrimiento, los juegos del poder y los espacios domésticos; espacios de la familiaridad que otorgan un nuevo rostro a quien actúa al margen de la ley. De allí que surja la contrafigura del antihéroe en el mundo de la ficción como el ser y su acción cotidiana que sensibiliza al espectador, muestra al monstruo con rostro humano y espíritu sensible para producir contradicciones, tensiones y distensiones en torno a la realidad histórico-social.

Además de ello, la anormalidad confiere un discurso del poder y la manipulación; no solo desde el miedo y el terror que puedan causar, sino también desde el orden jurídico o la protección que el Estado debe proveerles, más aún, si las mutilaciones o marcas corporales provienen de actos heroicos. Y esa anormalidad es manifestación corpórea que los hace diferentes, al mismo tiempo que los aísla y los recluye en espacios periféricos, o los hace en determinados momentos (celebraciones patrias) en centros de referencia. Pero en ambos casos, irrumpen como imprevisibilidad discursiva y se hacen relato de la causalidad/incausalidad.

EL CUERPO TRASVESTIDO Y LA CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO

Hoy día, dentro de la topografía urbana y cotidiana existe un cuerpo que es vivo ejemplo de la cotidianización de la anormalidad, tal es el caso del cuerpo travestido; un espacio simbólico que gana agigantadamente posicionalidades dentro de la macrosemiosis urbana. Constituyéndose en una microsemiosis o semiosis alternativa que muestra diversas posicionalidades enunciativas que apuntan hacia la anormalidad y la construcción del sujeto abyecto que busca su reconocimiento dentro de la cartografía simbólica contemporánea. Hablar del cuerpo revestido de anormalidad es una interesante paradoja discursiva que alude al cuerpo que para mostrar su identidad se recubre de anormalidad y trasgresión, creando un efecto de posicionamiento dentro de la periferia que conmueve al centro; crea estremecimiento y alteridad.

De allí que el cuerpo travestido cree un orden simbólico que involucra tanto palabra, cuerpo y enmascaramiento; desde donde se puede hablar de la construcción del sujeto a partir de una semiosis como espacio de resignificación del sujeto y de su contexto social.

En todo caso, el cuerpo es metáfora de una semiosis de la subversión-abyección; connotación de la periferia que son interpretados a través de la teatralización que busca centrar su atención en las narraciones corpóreas que evidencian la imaginación y la creación de campos de significación circunstancial. Los no-lugares donde los sujetos no quieren reconocerse, no obstante, se sienten atraídos por esa anormalidad que representa lo andrógino, lo teatral y representacional, bajo la evidencia del simulacro e intercambio de planos representacionales: “sustitución de lo real por lo signos de lo real” (Baudrillard, 2005, p.11), bajo la operatividad de la generación de significación y sentido.

El enmascararse se hace necesario por la cualidad del simulacro de partir de la inmanencia; esto es, de la simulación de los planos de lo real para construir la diferencia a través de la nueva presencia; bajo el forjamiento de una copresencia que genera una noción de verdad. Noción de verdad que es la posibilidad de hacerse un lugar en el mundo, de tomar por asalto el centro enunciativo que contiene las normas y las formas distributivas del poder, a través del simulacro que no es una copia, sino: “la generación por los modelos de algo real sin origen ni realidad: hiperreal.” (Baudrillard, 2005, p. 10).

Según Platón el simulacro es perverso porque la disimilitud o desviación puede convertirse en algo positivo, en algo atractivo que produce un sentido y un ser que desde el rompimiento del modelo crea nuevas formas de representación del sujeto y de la realidad; para Deleuze: “El simulacro no es una copia degradada; oculta una potencia positiva que niega el original, la copia, el modelo y la reproducción. [...] El simulacro hace caer bajo la potencia de lo falso (fantasma) a lo Mismo y lo Semejante, el modelo y la copia.” (Deleuze, 2005: 304-305).

El simulacro se establece a partir de la representación-teatralización del cuerpo travestido a partir de una tensión entre la forma y el significado. Ya que el travestido es la

imagen de la contradicción bajo la paridad oposicional normal/anormal. Donde la anormalidad está referida a un sentido topológico y no espacial. Para ello asumo las concepciones de Merleau-Ponty sobre la vinculación de espacio topológico y cuerpo, donde la experiencia proviene del cuerpo y no de un espacio adireccional; el espacio contiene dirección mientras está referida a un cuerpo como ente que construye una perspectiva desde la vivencia y no como simple actividad pensante;

Definir al espíritu como el otro lado del cuerpo [...] “el otro lado” quiere decir que el cuerpo, en tanto que tiene ese otro lado, no es describable en términos objetivos, en términos de en sí –que ese otro lado es realmente el otro lado del cuerpo, se desborda en él (überschreiten), se le superpone, está escondido en él– y al mismo tiempo lo necesita, concluye en él, está anclado a él. Hay un cuerpo del espíritu y un espíritu del cuerpo y un quiasmo entre ambos. (Merleau-Ponty, 1973, p.311).

Bajo estos razonamientos, el cuerpo travestido se diversifica entre la dualidad del manifestante y la imagen manifestada; entre la imagen fragmentada y doble, y bajo ese signo se crea la unicidad del sentido y el significado. Lo simbólico en este caso se trasmuta en perverso que trasgrede, generando la copresencia como el lugar de la diferenciación, y quien al mismo tiempo, genera la copertenencia a razón de elemento empático que se conjuntan en el discurso; lo que hace que el sentido y la referencia de lo transmitido se fundan para permitir que lo extraño y ajeno se haga propio y cotidiano. En este caso la presencia está dividida entre ser y apariencia, en el diferimiento de los campos simbólicos del ser y el acaecer como armonía de los opuestos o las paridades oposicionales que otorgan sentido y significado.

Y es precisamente en los campos simbólicos generados por el lenguaje donde se percibe la fractura de la presencia con su naturaleza original; a decir de Hegel:

En lo simbólico, aparece de nuevo la indiferencia, la inadecuación y separación entre la idea y la forma, si bien con la diferencia esencial de que en lo romántico la idea, cuya deficiencia en el símbolo producía el defecto de la forma, ahora tiene que aparecer consumada en sí como espíritu y ánimo. Por razón de esa consumación superior, se

sustrae a la unión correspondiente con lo exterior, por cuanto sólo puede buscar y realizar en sí su verdadera realidad y aparición (Hegel, 1989 p. 71).

De esta manera la anormalidad crea una potencialidad simbólica como desdoblamiento del cuerpo, que pudiéramos llamar el símbolo de lo simbólico, la isotopía fundacional de todo reconocimiento simbólico representado por lo propio y lo impropio; la anormalidad como la irrupción frente a lo emblemático, y uno de los ejemplos más claros está representado por los cuerpos caricaturizados, donde la relación anormalidad y caricatura; anormalidad e ironía constituyen una forma alterna de representar las realidades, de constituir referencialidades que desacralizan los espacios asumidos como emblemas. Por ello, es factible enfocar el cuerpo travesti como ironía, donde la anormalidad es una disociación de lo emblemático que debe ser imagen y semejanza del cuerpo perfecto (Dios) frente al cuerpo de lo demoníaco (Demonio).

Dentro de los discursos de la cotidianidad, la anormalidad se transfigura como enigma, y a la vez, como congruencia del ser y el acaecer; lo natural y lo abyecto. Es la expresión de lo inquietante que invade la vida cotidiana a través de la anulación de las fronteras discursivas; ubicando lo inquietante a manera de lo que no debe aparecer pero aparece, no debe ser pero acaece e ingresan los mecanismos de represión de la normalidad para recluirlas y excluirlas como es el caso de la locura, la prostitución, y obviamente, los cuerpo travestidos; periferia que a pesar de esos intentos de desplazamiento siguen siendo instancias que acechan y asaltan dentro de la cotidianidad.

Pero a pesar de los intentos de desplazar la anormalidad, esta crea un campo semiótico cifrado que gobierna; un campo de poder que gobierna la realidad desde la disimilitud y la abyección. Siendo la anormalidad la isotopía que desencadena la presencia de lo otro; es la dislocación de la realidad mediante una inversión de la causalidad, creando

espacios de connotación dentro de la cotidianidad y su acción discursiva que deslumbran, atemoriza y atraen en un interesante juego de encubrimientos y desdoblamientos; en palabras de Michel De Certeau: “Nos maravilla que nos falte tanto para entender las innumerables astucias de los “héroes ocultos” de lo efímero, de los caminantes de la ciudad, habitantes de los barrios, lectores y soñadores, pueblo oscuro de las cocinas” (De Certeau, 1999,p. 265).

LA CORPOHISTORIA EL LUGAR DEL ENCUENTRO

A ese espacio topológico que refiere Merleau-Ponty lo hemos llamado Corpohistoria, definiéndola como la concreción que busca:

Significar la historia a manera de campo semiótico alegorizado a través del cuerpo como el gran espacio de la enunciación, desde donde es posible narrar el mundo, narrarse como sujeto, posicionarse dentro de la esfera individual-colectiva. Por ello, hemos considerado al cuerpo como texto, y a partir de un acercamiento ontosemiótico, realizar un cartograma simbólico desde la arquitectura sensible (Hernández, 2013, p. 163)

Y posicionados desde esta perspectiva, referir la anormalidad y la construcción de sistemas sígnicos-culturales constituidos en una Corpohistoria que permite la confluencia de los diversos cuerpos bajo la paridad oposicional normal/anormal y dentro de la migración de contenidos simbólicos entre centro y periferia;

La imagen como metáfora de la sensibilidad transfigurada en cuerpo, expresión patémica que se constituye en discurso argumentativo, testimonial, histórico o cósmico; pero discurso que siempre lleva dentro de sí, los hologramas corporales que identifican y representan a los sujetos enunciantes, sus formas de narrar y constituir el mundo; el mundo del sujeto y el mundo de las imágenes, que al final, es un mismo mundo vertido en una compleja relación sígnica (Hernández, 2013, p. 163).

Por ello la anormalidad es un espacio de enunciación dentro de la cotidianidad que anula las fronteras discursivas a través del cuerpo y sus desdoblamientos, permitiendo las rupturas necesarias dentro de lo hegemónico para mostrar al sujeto y su corporalidad que

representa los ocultamientos y las revelaciones. Lo anormal se hace cotidiano en la distensión de la medida y el deslumbramiento; el temor y la atracción de lo diferente que conviven dentro de lo normal-emblemático. Pero más aún, la cotidianidad y su proceso de apropiación de las referencialidades por parte del sujeto normatiza la anomalía y la integra al sincretismo que acompaña la construcción de los discursos de la cotidianidad; lo diferente se hace espacio de convivencia, lo anormal se normatiza y se convierte en espectacularidad como forma de doblegar lo asombroso, de domesticar lo monstruoso; a decir de Julia Kristeva, en *el universo del espectáculo* “Las palabras se hacen más que signos: convenciones, fetiches que cristalizan una sensibilidad dramática por fin capturada, acomodada, apaciguada.” (Kristeva, 2001, p. 90).

La anomalía dentro de los discursos de la cotidianidad reescribe una sensibilidad a ratos restringida por los cánones sociales, a ratos emergida como imprevisibilidad de la causalidad cotidiana; perspectiva que permite indagar desde las certezas e incertidumbres; las realidades o las ficciones que se hacen ciertas bajo la transmutación de los cuerpos, ya que:

Indaga en las incertidumbres de la ciudadanía como variaciones de los espacios y tiempos de la enunciación, y el surgimiento de los cuerpos alternativos, cuerpos de la abyección; de la transgresión; la manifestación de los cuerpos travestidos; de los cuerpos andróginos; los cuerpos caricaturizados que desde una periferia irrumpen para oponer su sistema representacional a lo establecido social y culturalmente. Donde la esencia manifestada en símbolos corporales se desdobra como la representación de la subjetividad subyacente en los textos-discursos (Hernández, 2013, p. 161).

La cotidianidad alberga todo un sincretismo corporal que es homologado bajo la paridad oposicional normal/anormal, metáforas de la cotidianidad-corporeidad que aluden a un sujeto que construye ciudadanía entre lo íntimo, lo público y lo privado; ciudadanía

como donaciones sensibles que lo atan irremediabilmente a una realidad donde es posible la anulaci3n de las fronteras discursivas a trav3s de la cotidianizaci3n de los referentes que lindan entre lo normal y lo anormal; lo tachado y lo reconfigurado a trav3s de los cuerpos y sus figuraciones dentro de la cotidianidad; esto es, en la construcci3n del sujeto y sus posibilidades de significaci3n-resignificaci3n.

BIBLIOGRAFÍA

Baudrillard, Jean (1997) *La ilusi3n y la desilusi3n est3ticas*. Caracas. Monte Ávila Editores.

_____ (2005). *Cultura y simulacro*. Kairos: Barcelona.

De Certau, Michel (1999) *La invenci3n de lo cotidiano. Habitar, cocinar*. Universidad Iberoamericana. M3xico.

_____ (2000) *La invenci3n de lo cotidiano. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana. M3xico

Deleuze, Gilles (2005). *L3gica del sentido*. Paid3s: Barcelona.

Foucault, Michel (1995) *La arqueología del saber*. M3xico. Siglo Veintiuno Editores.

_____ (2000) *Los anormales*. Argentina.: Fondo de Cultura Econ3mica.

Freud, Sigmund (1991) *Obras Completas*. Buenos Aires, Amorrortu.

Hegel, G.W.F (1989) *Lecciones de est3tica. Vol. I*. Ediciones 64: Barcelona.

Heidegger, Martin (1999). *Ontología: hermen3utica de la facticidad*. Madrid: Alianza Editorial.

Hernández c, Luis Javier (2013) “La corpohistoria y las relaciones s3gnicas de la cultura”. *Semi3ticas de la imagen*. Universidad del Zulia. Maracaibo.

Husserl, Edmund (1985) *Meditaciones cartesianas*. México. Fondo de Cultura Económica.

Kristeva, Julia (2001) *La revuelta íntima. Literatura y psicoanálisis*. Argentina. Eudeba.

Merleau-Ponty, M. (1973) *Lo visible y lo invisible*. Madrid: Editorial Taurus.

Platón (1988) *Diálogos V*. Madrid: Editorial Gredos.